

BUMEDIENNE: UNA INCOGNITA VIVIENTE

Es una incógnita viviente, un Mister X. Su nombre, incluso, no es real: Huari Bumediene es el *nom de guerre* que adoptó en 1956, como miembro del clandestino Frente de Liberación Nacional de Argelia. Muy pronto habían de susurrarlo los espías de la Policía en la plaza de Orán, y figuró en los expedientes sobre los principales líderes terroristas, lucubrados por el servicio de inteligencia francés. Sin embargo, hasta 1960, cuando Bumediene era ya Comandante en Jefe de las fuerzas rebeldes argelinas, con base en Marruecos y Túnez, fue imposible conseguir su fotografía.

Ahora, cinco años después de tomar el poder, es todavía un personaje en sombras. ¿Cuántos años tiene? Informantes de confianza dicen que 42, otros que 45 ó 47; según rumores, está casado, divorciado o es soltero. Últimamente hubo informes acerca de una bonita estudiante de farmacia, oriunda de Tlemcen, que se convertiría en su segunda esposa. Un solo hecho es seguro: Bumediene está contento de ser el Jefe de Estado menos conocido de todo el mundo.

"El Presidente Bumediene no busca la popularidad", explica Béchir Ben Yahmed, el director de la revista *Jeune Afrique*, quien conoció a Bumediene en 1962, en un comando rebelde en Túnez. En realidad, la determinación de Bumediene de evitar ser el centro de atención rozó a veces la extravagancia: en sus primeros discursos, se ordenó a los camarógrafos que enfocaran el micrófono, y no la cara del Presidente.

En esa época, pudo haber una razón muy simple detrás de su culto por el aislamiento: sus dientes en mal estado eran causa de su turbación y su actitud. Fue entonces cuando se llamó a un dentista del Ejército francés y el Presidente desapareció durante meses. Cuando se dejó ver, su dentadura era otra y él también parecía otro hombre: antes callado y remoto, es ahora afable y a menudo sonriente. En vez del aspecto desaliñado por las fatigas bélicas a lo Fidel Castro —a quien remedaba—, comenzó a lucir trajes oscuros, su cuerpo flaco y demacrado aumentó

de peso, y hubo ocasiones en que hasta se mezcló con la muchedumbre.

Pero es en los cuartos del fondo, lejos de los corredores convencionales del poder, donde Bumediene sobresalió invariablemente. Hijo de campesinos pobres, Mohammed Bujaruba (su nombre original) se alistó en la causa rebelde de 1955, mientras perfeccionaba su dominio del árabe clásico en la Universidad Al Azhar, de El Cairo. Al poco tiempo



Bumediene: Hacer Argelia.

comandaba toda la región de Orán, y en 1960 fue ascendido a jefe de Estado Mayor del Ejército rebelde. Intuyendo que el resultado de la guerra dependía de las tratativas políticas, en París, más que de la fuerza militar argelina, adiestró tranquilamente sus tropas en santuarios situados en las fronteras con Túnez y Marruecos, para la lucha salvaje que estallaría en Argelia después de la independencia.

Fue Bumediene quien, en 1962, apoyó con el Ejército a Ahmed Ben Bella, el primer Presidente. "Lo acompañaré durante un trecho del camino —confió Bumediene en ese momento—; después veremos."

En el verano de 1965 puso fin al ampuloso régimen de Ben Bella, que había durado 33 meses. Con un cuidado característico en los detalles, envió sus tanques a Argel, y Ben Bella fue puesto en prisión. Entonces Bumediene, fumando un cigarrillo tras otro y bebiendo innumerables tazas de café negro, se dedicó a transformar a Argelia, sobre una economía que su antecesor había dejado en la ruina. Al mismo tiempo, se aseguró de que los argelinos recordaran las enseñanzas del Islam. Mahometano ortodoxo, instaló un almuecín electrónico que convoca al pueblo para sus rezos cotidianos, en cada comunidad argelina.

Bumediene, que ha soportado uno tras otro los calificativos maoísta, antifrancés y nasserista, borró del mismo modo la confusa política exterior de Ben Bella y la reemplazó por un enfoque más flexible y pragmático. Ha sido severo y amistoso con Francia y ha mantenido lazos informales con los Estados Unidos, a pesar de la ruptura formal desde la guerra árabe-israelí de 1967. Bumediene tiene poca paciencia para con el fanatismo antiisraelí de los jóvenes coroneles que gobiernan a Libia, y está francamente preocupado por la creciente influencia egipcia en ese lugar. Lo que es más, deplora la forma en que la ineficacia egipcia permitió a la Unión Soviética tener la sartén por el mango en El Cairo. Sin embargo, como es característico en él, está decidido a no enredarse en aventuras foráneas: al menos, no antes de hacer Argelia. ⊖